



LA SOCIEDAD DE CONSUMO Y LA NECESIDAD DE UNA COSMOVISIÓN ÉTICA

Autor/a: Sabela Rubio Caamaño

Director/a: Javier Fuertes Pérez

25 de abril de 2018

UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS (MADRID)

TRABAJO DE FIN DE GRADO – RELACIONES INTERNACIONALES

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| 1. FINALIDAD Y MOTIVOS | 3 |
| 2. INTRODUCCIÓN..... | 5 |
| 3. CRISIS DE LA COSMOVISIÓN CULTURAL CONTEMPORÁNEA..... | 9 |
| 3.1. CRÍTICA ANTROPOLÓGICA DE LA ECONOMÍA..... | 9 |
| 3.1.1. El pensamiento económico anglosajón | 9 |
| 3.1.2. De la empatía al egoísmo..... | 11 |
| 3.1.3. La ética del capitalismo..... | 15 |
| 3.2. CRITICA SOCIAL..... | 17 |
| 3.2.1 Crítica del razonamiento utilitarista | 17 |
| 3.2.2. Afirmar la diferencia y liberar la universalidad..... | 19 |
| 3.3. CRÍTICA MEDIOAMBIENTAL..... | 24 |
| 3.3.1. Pilares fundamentales de una ética ecológica..... | 24 |
| 3.3.2. Concienciación a nivel internacional | 29 |
| 4. CLAVES DEL NUEVO PARADIGMA | 35 |
| 4.1. Alternativas al actual sistema económico | 35 |
| 4.2. Alternativa al sistema de mayorías | 38 |
| 4.3. Alternativas al planteamiento medioambiental | 40 |
| 4.3.1. La sabiduría de las éticas clásicas | 40 |
| 4.3.2. La palabra de un líder espiritual | 42 |
| 5. CONCLUSIONES Y PROPUESTAS | 45 |
| 6. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS | 46 |

1. FINALIDAD Y MOTIVOS

La idea de escribir este trabajo viene formándose desde hace varios años, viene desde un cuestionamiento a la realidad que he ido experimentando, tanto a lo largo de mi carrera como durante mi estancia en una ciudad de seis millones de habitantes. Parece que hoy en día vivimos en un estado de prisa constante, en un «no tengo tiempo» permanente, que quiere hacernos creer que el mismo tiempo es una mercancía, como el agua o la tierra. Parece que la prioridad en las vidas humanas del siglo XXI consiste en trabajar muchas horas en un empleo que dé mucho dinero, para así poder comprar más objetos que creemos tan valiosos como para equiparlos a nuestra propia felicidad.

A mi parecer, las personas se han ido cegando poco a poco con su propio poder sobre el lugar donde habitan, desdibujando el horizonte y los límites de su acción, con el riesgo de que se vuelva contra ellas. Al observar estas tendencias a mi alrededor, me he ido interesando por las razones de esta dinámica en la que las personas parecen haber colonizado la Tierra entera y haberse olvidado del resto de seres que la habitan, y de que ellas mismas son parte de la naturaleza. Paradójicamente, el resultado no es positivo ni para ellas mismas, sino tan negativo que considero que nos encontramos en un ambiente de apatía y desconexión permanente de lo que es realmente importante: compartir, crear, cuidar, amar, aprender.

Por eso he articulado este trabajo en varios ejes. Por una parte, una crítica antropológica de la teoría económica sobre la que se sustenta el sistema, una crítica social a la justicia de las mayorías y una crítica a la relación de los humanos con el medio ambiente. Considero que los tres temas son clave para demostrar que las teorías sobre las que se ha construido la cosmovisión actual se caen por su propio peso. Por otra parte, lejos de querer desesperanzar a quien lea este trabajo, hay pruebas de que un cambio se está gestando en esta era. Está teniendo lugar un cambio de paradigma, en el que el medio ambiente se está posicionando poco a poco en el centro de los grandes debates. Diversas alternativas de carácter económico, social y medioambiental han ido surgiendo en los últimos años, imprescindibles para cuidar nuestro planeta y empoderarnos como personas, que son premisas esenciales para volver a conectarnos con el lugar en el que vivimos y con nosotros mismos.

Creo firmemente que el futuro debe ir en esta dirección, en el camino de la cooperación y el cuidado, y no del progreso exacerbado y la ambición sin límites. El cambio empieza con un cuestionamiento de lo establecido, para crear y poner en práctica alternativas que cada persona pueda aplicar en su vida personal y profesional, a las que cada vez más gente se une. En mi caso, me gustaría ser capaz de encontrar otra manera de vivir que no comprometa la vida de las generaciones futuras y que me permita dejar el planeta mejor de lo que me lo encontré, cuidándolo y creando alternativas. Creo que es el momento de hacer un parón en el ritmo de producción y de vida frenético de esta sociedad para detenernos a pensar en la locura que hemos creado: la riqueza del mundo está limitada a un porcentaje ínfimo de la población mundial, el dinero se valora más que el amor, se han creado jerarquías de valor para todos los seres de la Tierra, incluso de las personas, y, por si fuera poco, la especie humana hace de su entorno un lugar cada vez menos habitable.

Me parece imprescindible repensar nuestro estilo de vida, para tomar perspectiva de las imposiciones sociales y poder elegir el propio rumbo de nuestra vida con un sentido especial para cada persona y coherente con nuestro pensamiento. Un estilo de vida más comunitario y significativo es esencial para dejar de ver la vida de las personas como un engranaje más del ciclo productivo y empezar a sentirla como humana y como parte del conjunto de la naturaleza de nuestro planeta. Si la humanidad quiere realmente continuar disfrutando del regalo de la vida en la Tierra, tenemos que empezar a vivir de acuerdo a nuestras posibilidades y hacer de ellas lo mejor para el mayor número de personas, y eso pasa por revisar nuestro orden de prioridades, enfocarnos en las que realmente nos hacen vibrar y necesitamos para sobrevivir, y despertarnos del ensimismamiento artificial de esta era.

2. INTRODUCCIÓN

Durante los últimos doscientos años, los seres humanos han utilizado carbón, petróleo y gas natural para generar calor, electricidad, combustibles líquidos, nuevos materiales y tecnologías. Así, ha dado comienzo un cambio en el clima sin precedente en la historia de la humanidad, con temperaturas más elevadas que durante los once mil años de civilización. Además, el desarrollo humano ha propiciado un crecimiento masivo de la población, gracias a descubrimientos tan variados, que van desde el estudio de los gérmenes hasta los descubrimientos científicos aplicados a la agricultura detrás de la Revolución Verde. Las innovaciones que los humanos crearon para adaptarse al medio, poco a poco se han ido convirtiendo en un complejo sistema económico e industrial basado en combustibles fósiles, propiciando un inmenso impacto humano en el planeta que crece exponencialmente, hasta el punto en que la mayoría de los ecosistemas terrestres se han deteriorado o se están usando de una forma no sostenible (Scott, 2014).

Además, la humanidad ha creado una serie de bucles sistémicos que retroalimentan esta dinámica y aceleran el daño producido al ecosistema. Esto incluye los 579 miles de millones de dólares que se gastan cada año en todo el mundo para promocionar un cada vez mayor sistema de consumo, de móviles, bebidas, coches, ordenadores, *smartphones*... Sorprendentemente estos bienes han pasado de ser considerados lujos a necesidades, incluso comparables a las necesidades básicas que una persona necesita para vivir, aunque la idea de que todas las personas del planeta mantengan el nivel de vida de los europeos o los norteamericanos es impensable a nivel de los recursos naturales que la tierra puede ofrecer. En este proceso de normalizar la economía de consumo en más países cada vez, se han ido desarrollando una serie de cambios en el ecosistema, cuyos nefastos impactos solo se están empezando a manifestar (Barraclough, 2016).

La empresa humana se ha expandido de tal manera que se está sobrepasando la capacidad de la Tierra para absorber nuestros deshechos y proporcionar los servicios que se demandan. El hecho de utilizar el planeta como un recurso ilimitado al servicio de la especie humana conlleva nefastas consecuencias que ya se están dejando ver a varios niveles. Una forma de cuantificar los efectos de un uso desmesurado e inconsciente del planeta son los

límites planetarios, creados por el Stockholm Resilience Centre, que miden las fronteras para evitar un cambio irreversible en la Tierra por la acción humana (Llavors, 2016).

Uno de los límites más sonados es el cambio climático. En la antigüedad, a medida que la tierra se recuperaba de las glaciaciones, su temperatura subía unos cinco grados en un periodo de varios miles de años. Esta situación ha cambiado desde que el comienzo del Antropoceno, una época geológica de alta influencia de la actividad humana en la Tierra que empezó en la Revolución Industrial (Rockström, Costanza, & Steffen, 2011). En la actualidad, diversas predicciones científicas prevén un aumento de 2 a 6 grados en las temperaturas el próximo siglo, sumado a lo que han aumentado ya por la alta concentración de CO₂ en la atmósfera. Esto se traduce en el aumento del nivel del mar, el progresivo derretimiento de los polos, la acidificación de los océanos, y cambios severos en las precipitaciones, causando sequías, inundaciones, incendios forestales y otros desastres naturales. Con toda seguridad, estos efectos en el clima serán desastrosos para la especie humana y para el ecosistema.

Además del cambio climático, se están traspasando otros límites planetarios como la pérdida de la biodiversidad, que consiste en la extinción de animales causada por la acción humana. En la actualidad, la tasa de extinción de cada especie es de 100 a 1000 veces más de lo que sería natural sin interferencia humana. El desarrollo urbano y agrícola (sobre todo los monocultivos que cubren áreas inmensas de territorio), el aumento de los incendios forestales, la introducción de nuevas especies en los ecosistemas, la deforestación y la explotación de la tierra para el consumo humano son las causas principales. Es difícil establecer un límite planetario de la biodiversidad porque aún no se conocen todas las especies que habitan en la Tierra, ni cuál es el nivel de interrelación entre ellas. Sin embargo, según la revista *Proceedings of the National Academy of Sciences*, en la actualidad nos encontramos en la sexta extinción masiva en la historia de la Tierra (Carrington, 2017). De acuerdo con su estudio, en el último siglo la mitad de los mamíferos terrestres ha perdido el 80% de su población.

Otros límites planetarios cuya superación supone un peligro inminente en la vida humana son la acidificación de los océanos, el exceso de nitrógeno y fósforo en la producción, el agotamiento del ozono estratosférico, el consumo mundial de agua dulce, el cambio de uso de suelo para la agricultura, la contaminación del aire y la contaminación química. No son compartimentos estanco, sino que forman parte de un sistema interconectado que es la

Tierra. Teniendo en cuenta que al superar uno de los límites se estarán poniendo trabas al futuro de la vida en la Tierra, es importante que se adopte el paradigma ecológico como un prisma con el que mirar los demás aspectos de la vida. Hay investigaciones que afirman que ya hemos forzado cuatro de estos procesos globales, por lo que hemos pasado el umbral de seguridad (WWF, 2016).

Mientras tanto, la humanidad añade 83 millones de miembros cada año. Según las previsiones actuales, la población mundial alcanzará los 9,7 miles de millones en 2050, si las catástrofes ecológicas no frenan el crecimiento. Sin embargo, las grandes empresas continúan trabajando para vender a la gente cada vez más productos, añadiendo más presión sobre una Tierra suficientemente sobrecargada (Folke, 2013).

Además, el hecho de que con los años se haya priorizado valores como la seguridad y la comodidad, ha fomentado la separación entre los humanos y la naturaleza y ha dado lugar a un desarrollo vertiginoso de las tecnologías. Hoy en día las personas se están acostumbrando a mirar la vida a través de una pantalla, haciendo que sus sentidos se atrofien por falta de uso, creando una conciencia social más dormida que nunca (Legaz, 2017). De ahí viene en gran medida la dificultad para conseguir un cambio de paradigma y una revolución cultural: los contenidos mentales propios están siendo reemplazados por estímulos externos que bombardean a las personas en todo momento (carteles publicitarios, anuncios, notificaciones de las redes sociales, internet...). Paradójicamente, a pesar del problema del enorme crecimiento poblacional de las últimas décadas, la sociedad cada vez es más individualista y cada vez se siente más sola, en parte porque la manera de socializar de las tecnologías no llena la necesidad de afecto de las personas, y las acerca artificialmente a personas que se encuentran a miles de kilómetros, mientras las relaciones personales con la gente del entorno se van perdiendo.

El yo se diluye poco a poco con la máquina, haciendo que pierda esos espacios de contemplación y reflexión necesarios para encontrarnos con nosotros mismos. En su lugar, se crea la ilusión de tener el mundo en una mano, en el *smartphone*, al recibir tanta información sin filtrar, generando dependencia y dificultando la conexión de las personas con el mundo real, al que no se puede llegar a través de una pantalla (Legaz, 2017). Aunque este tema podría desarrollarse en mayor medida, aquí se utiliza simplemente para señalar el uso masivo que las personas hacen de las tecnologías en esta era, convirtiendo el despertar de la conciencia

en una tarea más que difícil. A esto hay que sumarle el cada vez más sonado *big data*, que consiste en el comercio de datos de millones de personas que los grandes proveedores de internet y las empresas (Google, Facebook, Microsoft, Apple, Youtube...) intercambian, creando una base de datos personales con la que se lucran e influncian a la población (Legaz, 2017).

Para alcanzar el actual nivel de desarrollo tecnológico son necesarias toneladas de recursos naturales, que son tratados en industrias, transportados a centros comerciales y envueltos en materiales contaminantes. Además, para seguir el ciclo productivo, es necesario planear la obsolescencia de los productos, creando vidas útiles cada vez menores, y convertidos después en chatarra tecnológica inasimilable por los ecosistemas, abandonada en los países menos industrializados (Legaz, 2017). Se crea así una situación de desigualdad entre el Norte y el Sur, siendo el segundo el que suministra las materias primas necesarias para mantener el nivel de vida de los países del Norte, y este el que disfruta de esos bienes.

Hoy en día se ha alcanzado un punto en que la comunidad científica llega a cuestionar si la civilización, tal y como la conocemos, y pensando en las futuras generaciones, podrá sobrevivir. El reto actual de la humanidad es cómo proporcionar vidas gratificantes para los 8 – 10 mil millones de personas que habitan la Tierra mientras el ecosistema no para de degradarse debido a los efectos del estilo de vida de éstas. La respuesta no puede ser una vida consumista en los niveles actuales, sino que tiene que haber un cambio de paradigma para pasar a considerar la ecología como el prisma para transformar el estilo de vida actual en un sistema de equilibrio de los humanos con la naturaleza. El reto es cómo ofrecer una vida de calidad, con acceso a sanidad, educación, oportunidades vitales, y libertades fundamentales, sin poner en peligro la vida de las futuras generaciones humanas en el planeta.

3. CRISIS DE LA COSMOVISIÓN CULTURAL CONTEMPORÁNEA

Por todo lo que se viene comentando anteriormente, es legítimo hablar de una crisis de la cosmovisión cultural contemporánea, y no simplemente de crisis ecológica o económica ajena al problema en su conjunto. A continuación se estudiarán las tres patas de este trabajo, la cosmovisión cultural en la que se asienta la economía, la justicia y la ecología, para determinar las características de las teorías dominantes y sus fallas, para finalmente determinar en qué puntos es necesario repensar el sistema actual y por qué.

3.1. CRÍTICA ANTROPOLÓGICA DE LA ECONOMÍA

A la hora de entender las características y el funcionamiento de la cosmovisión cultural actual, es imprescindible analizar la teoría económica que marca las bases para gran parte del comportamiento social, con el objetivo de hacer una crítica constructiva, señalar sus fallos y cómo han afectado a la humanidad hasta el punto de ser, en parte, causa del estado de emergencia en que se encuentra el planeta.

En concreto, en este capítulo se revisarán las teorías del pensamiento económico anglosajón de Adam Smith desde la perspectiva de Jean-Pierre Dupuy, para determinar el origen teórico del rumbo económico que la especie humana ha tomado desde después de la Revolución Industrial. Esta teoría ha influido y marcado el actual modelo económico y social que impera en Occidente, por lo que revisarla y cuestionarla es básico para plantear y justificar un cambio de rumbo hacia modelos más dirigidos al reciclaje, a la reutilización y al cuidado, más que a la lógica del «usar, tirar, comprar».

3.1.1. El pensamiento económico anglosajón

El pensamiento económico anglosajón constituye el inicio de la ideología neoliberal que hoy impera en el pensamiento económico. Su origen se remonta a la escuela de Lausana, con nombres como Léon Walras (1834-1910) y Vilfredo Pareto (1848-1923). Este pensamiento ha dado lugar a la teoría del equilibrio económico general, que según Jean-Pierre Dupuy en su libro *El sacrificio y la envidia*, parte de una situación utópica que no se corresponde con la

realidad (Dupuy, 1998, pág. 61). La teoría parte de personas autónomas y libres, totalmente indiferentes las unas de las otras, que solo se relacionan entre ellas mediante el intercambio económico. Caracterizados por una conducta racional, los humanos de la situación original de la que parte esta teoría tienen una relación interpersonal mínima.

Para Dupuy, una de las mayores críticas al pensamiento económico anglosajón es el hecho de que surja una mano invisible que armonice el mercado en este ambiente de aislamiento. Los intercambios económicos tienen lugar entre socios anónimos que apenas se relacionan. Al proponer el supuesto de una sociedad con personas independientes unas de otras, la teoría del equilibrio económico general afirma una imagen de la economía basada en la eficacia productiva y extraña a toda consideración moral.

Lo que pretende principalmente Dupuy en su obra es criticar el concepto de mercado como conglomerado de individuos racionales, que interactúan únicamente para maximizar su beneficio económico. Esto bien podría ser el principio del egoísmo imperante hoy día: al partir de la premisa de que las personas son individuos independientes que no necesitan de su compañía más que para lo económico, se justifica la competición constante, la jerarquización del dinero sobre la moralidad y el hecho de que cuando una persona no tiene dinero, no se la considere ni persona. También lleva a las personas a un vacío existencial, ya que no pueden sentir la plenitud de ser queridas independientemente de su estatus económico, ni la de estar conectadas a la naturaleza, que no tiene conexión con el dinero.

Para el filósofo, la sociedad es un conjunto de individuos que se organiza mediante el contacto y la mimesis. Esta interacción se ordena mediante la envidia, la imitación y el contagio. Especialmente la envidia es el eje de su teoría, porque sirve como medio de las sociedades modernas para que los individuos sepan lo que desean: mediante el deseo de los demás. Por eso critica el supuesto de la persona autónoma del que parte el pensamiento económico anglosajón. Asimismo, la envidia conduce a la imitación, que para Dupuy es el principio que organiza la interacción social de las personas (Dupuy, 1998, pág. 68).

Para buscar el origen de esta tradición que imagina a las personas autónomas e independientes unas de otras, Dupuy recurre a la simpatía de Adam Smith y la noción del «velo de la ignorancia» de Rawls. La razón detrás de esta tradición es, para Dupuy, intentar

evitar el desorden social y la desarticulación del mercado, una característica común de los teóricos liberales (Otero, 1999).

3.1.2. De la empatía al egoísmo

La economía se ha ido instituyendo como ciencia, dejando a un lado la política y la moralidad, incluso se llega a defender que es «amoral». Esto tiene su origen en la construcción del ser humano moderno, que deja atrás toda codificación y obligación social que encerraba al ser humano tradicional.

La economía divulgada de Adam Smith ha tenido un papel imprescindible en esta transformación de la economía que se podría calificar de deshumanizadora, a pesar de estar creada por las personas. Su teoría está basada en el mecanismo de la mano invisible y el egoísmo (*selfishness*), que es la pasión fundamental. Juntos construyen la armonía colectiva: las personas, al perseguir la satisfacción de sus intereses egoístas, contribuyen al bien común. La mano invisible es por ello un esbozo de la teoría del equilibrio económico general que se comenta anteriormente. De hecho, para Dupuy la mano invisible no es más que la traducción formal del pensamiento económico anglosajón basado en la idea de seres humanos autónomos e independientes, cuyas acciones crean una armonía general al estar basadas en el egoísmo y en los intereses individuales. Es, por decirlo de otra manera, la justificación del creciente individualismo del ser humano moderno y de la emancipación de la economía.

Al revisar la obra de Adam Smith, es importante recordar que su reconocimiento como padre de la economía capitalista se debe a *La Riqueza de las Naciones* (1776), pero no es esta su única obra. Diecisiete años antes, se publicó la *Teoría de los sentimientos morales* (1759). Ambas obras se complementan tratando diferentes esferas de la vida humana: la primera trata sobre economía y egoísmo, y la segunda fundamenta el mundo moral y social sobre la empatía (Dupuy, 1998, pág. 91). A pesar del debate que ha suscitado lo que podría parecer un viraje en el pensamiento del filósofo de Smith con los años, lo cierto es que poco tiempo antes de su muerte, Smith volvía a trabajar en TSM, lo que indica que ambas obras son parte de un todo coherente que era el pensamiento del autor. Es más, Smith declara en una carta que TSM fue su obra más relevante, dando sentido al conjunto de sus escritos; de hecho,

en 1789 se publicó la sexta edición de la obra (aún después de publicar *La Riqueza de las Naciones*). Antes de morir, Smith estaba trabajando en otro pilar de su obra, la rama jurídica, que complementarían la parte económica y ética.

Se puede empezar por el concepto de simpatía de Smith para comprender el conjunto de su pensamiento. Lo que él llamaba simpatía se puede equiparar con la empatía actual, el comprender los sentimientos del otro y sentirlos. El visualizar la obra íntegra invita a replantearse la legitimidad del egoísmo actual y a pensar que lo que hoy se llama sistema capitalista y se asume como competitivo, agresivo y egoísta, es en el fondo una degeneración de una teoría incompleta. Para el filósofo, la empatía consiste en el reconocimiento entre los sentimientos del espectador y del autor, un acuerdo entre los sentimientos de ambas; un desacuerdo implicaría la desaprobación de los sentimientos del otro. Smith va más allá e introduce el concepto de «simpatía recíproca»: el placer que sienten las personas con el acuerdo de los sentimientos, uno de los mayores placeres de la existencia (Dupuy, 1998, pág. 99).

Para Smith, nada hace a las personas más felices que comprobar que otras sienten las mismas emociones que laten en nuestro corazón, y nada nos desespera tanto como experimentar su indiferencia. Por eso, también existe el temor de que nos nieguen la empatía. El sujeto de Smith es por naturaleza incompleto: necesita a sus semejantes para forjarse una identidad, lo que hace que se separe radicalmente del *homo economicus* atribuido al autor y del ser humano de las teorías del contrato social de la época. Según el esquema de Smith, un individuo que se rigiese únicamente por su egoísmo estaría condenándose a la infelicidad, ya que nunca recibiría la empatía y el aprecio de los que le rodean. Este viraje de lo que comúnmente se sabe de Adam Smith demuestra que la teoría no justifica el sistema en el que ha derivado, ni siquiera la idea inicial era tan egoísta y estaba tan lejos de la naturaleza humana.

«Si la parte principal de la felicidad humana estriba en la conciencia de ser querido, como yo creo que ocurre en realidad, esos cambios abruptos de fortuna rara vez contribuyen mucho a la felicidad»
(Smith, 1759, pág. 107)

Esta cita, que ejemplifica el razonamiento anterior, también nos conduce a otro punto clave en la filosofía de Smith: el ser respetable y respetado. Es el contrapunto al egoísmo de *La Riqueza de las Naciones*, ya que los excesos del amor propio están limitados por la necesidad de buscar la dignidad de nuestro propio carácter, no solo ante los demás (respetado), sino con nosotros mismos (respetable). Aquí Smith prima el ser respetables a respetados, al contrario de lo que se pueda pensar a juzgar por el comportamiento humano en la actualidad, pues nadie puede sentirse verdaderamente respetado si no se sabe a sí mismo respetable en el fondo de su ser. Así, el filósofo se distancia de esa economía «amoral» que es la teoría económica moderna, ya que afirma que más importante que la riqueza es sentirnos respetados, es decir, sentir empatía recíproca: rodearnos de gente querida y enorgullecernos de nuestro carácter. La armonización de la que habla mediante la mano invisible es, en realidad, una metáfora del equilibrio formado por las acciones respetables y respetadas de cada ser humano.

Consecuentemente, la acción humana no anula la responsabilidad ética. Hay una gran diferencia entre la herencia divulgada de Adam Smith que se traduce en legitimar cualquier comportamiento humano egoísta y lo que explica en TSM, es decir, que la armonía colectiva se alcanza mediante la empatía y la dignidad humana. Esta reflexión conlleva un cambio radical de prioridades humanas: del hacer dinero y escalar socialmente al sentirse respetable y querido. En lo relativo al egoísmo del ser humano, Adam Smith no lo justifica sino que lo matiza; no es el mismo egoísmo el de pisar a los demás (*selfishness*) que el de amarse a sí mismo y así contribuir al bien común (*self-love*), es decir, que «No puede haber un motivo correcto para dañar a nuestro prójimo» (TSM). Mientras que el primero es negativo y lo equipara al egoísmo, el segundo es positivo, pues mecaniza lo esencial abriendo al individuo a la intermediación del Espectador Imparcial.

«No es el apagado poder del humanitarismo que la naturaleza ha encendido en el corazón humano lo que es así capaz de contrarrestar los impulsos más poderosos del amor propio: es la razón, el principio, la conciencia, el habitante en el pecho, el hombre interior, el ilustre juez y árbitro de nuestra conducta... Sólo por él conocemos nuestra pequeñez y la de los que nos rodean, y las confusiones naturales del amor propio sólo pueden ser corregidas por la mirada del espectador imparcial... Lo que nos incita a la práctica de estas virtudes divinas no es el amor al prójimo, no es el amor a la Humanidad. Lo que aparece en tales ocasiones es un amor

más fuerte, un efecto más poderoso: el amor a lo honorable y noble, la dignidad y eminencia de nuestras personalidades» (Smith, 1759, pág. 261)

Este árbitro de nuestra conducta es el espectador imparcial, que advierte que no se puede dañar a otro en beneficio propio, matizando así la dogmática económica y devolviéndole al ser humano de Smith una responsabilidad humanizadora (Dupuy, 1998, pág. 103). El matiz del espectador imparcial es la línea que separa la mano invisible de la mano «ciega», la responsabilidad con nosotros mismos y con los demás al egoísmo desenfrenado y despreocupado del resto de la sociedad.

La obra de Smith solo puede entenderse en su totalidad al analizar tanto *La Riqueza de las Naciones* como *Teoría del sentimiento moral*. Sin embargo, como hemos podido comprobar a lo largo de este apartado, la herencia del filósofo abarca sobre todo la obra económica, con pocas o ninguna consideración moral.

Además de la empatía y el espectador imparcial, temas clave para comprender la compleja visión del ser humano más allá del egoísmo económico, es interesante contemplar la visión de Smith sobre los bienes materiales con esta perspectiva que nos brinda TSM. La riqueza no es fuente de satisfacciones, sino un medio para conseguir atraer la empatía de los que están en la miseria, por lo que la fortuna no posee virtudes por sí misma (Dupuy, 1998, pág. 107). Se vuelve así a diferenciar el pensamiento de Smith de la dogmática económica. Para Dupuy, Adam Smith constituye una crítica al engaño de que las personas persigan la utilidad y la riqueza cuando en realidad lo que ansían es la admiración, el cariño y el respeto de los demás.

Mediante la publicidad y la educación, los Estados logran dirigir la vida de las personas hacia la búsqueda de un trabajo con el que ganar dinero, para comprar tiempo con el que poder disfrutar de los placeres materiales y de la riqueza en sí misma. Este fin al que se dirige a las personas desde su nacimiento es fuente de frustraciones y ansiedad en las personas, y de un agotamiento del planeta. Es importante tomar perspectiva de los entretenimientos que nos ofrecen, mayormente en forma de aparato tecnológico, para orientar nuestra vida hacia lo que nos hace vibrar, y no hacia la transformación de las personas en engranajes para la máquina.

3.1.3. La ética del capitalismo

Una de las razones que explican esta inmoralidad que se ha convertido en una característica de la economía capitalista, es que es un sistema que carece de un código moral específico. Por eso resulta tan interesante revisar la parte humanizadora de Adam Smith, para entender que es un sistema con fallas y carencias que no se pueden llenar con más progreso tecnológico. Esta es la razón de que el capitalismo pueda expandirse a distintos tipos de sociedades y de que pueda convivir con diferentes códigos morales como distintas corrientes religiosas. Tal como estudió Max Weber, esta característica le ha permitido establecerse con la religión luterana y calvinista, pero también con el catolicismo, el budismo chino y el sintoísmo japonés (Garrido, 2012). Parte de la fuerza del capitalismo en la era actual es que no se ha visto limitado por condiciones morales intrínsecas, por lo que ha fomentado la competitividad hasta el límite derivada de la lógica de la suma cero: lo que una persona gana ha de perderlo la otra. Algunas teorías económicas que también afectan a la ética capitalista y al valor de los bienes son el marginalismo y la teoría del equilibrio económico, y aunque conviene tenerlas en cuenta, no constituye un objetivo de este trabajo entrar en las características económicas del capitalismo, por tener este estudio un carácter cultural y antropológico.

La riqueza se convierte en un valor en sí mismo, un fin al que destinar la vida, creando así un estilo de vida al que las personas han de amoldarse para formar parte de la sociedad: es un sistema que crea necesidades, que convierte a sus miembros en dependientes de inventos como los *smartphones*, los ordenadores, la televisión, los títulos universitarios, el transporte, la moda y muchos más. Aquí a donde se dirige la vida es al beneficio económico de las empresas, no a la felicidad y al bienestar de las personas. De hecho, por mucho que el PIB de los países haya aumentado en las últimas décadas, el nivel de felicidad no va en paralelo, como muestran índices alternativos a los tradicionales como el *Happy Planet Index*. Este índice, alejándose de la medida tradicional basada en la economía, mide la sostenibilidad, longitud y felicidad de las vidas de las personas. Los países que aparecen más arriba en esta lista son Costa Rica, México, y Colombia, y en cambio Estados Unidos está en el número 108 y España en el 15 (Happy Planet Index, 2017).

El objetivo siempre presente en los discursos políticos de reactivar la economía y aumentar el beneficio económico consigue que la sociedad se centre en formar parte de este engranaje sin pararse a reflexionar en los beneficios reales a nivel personal, social y humano. Y aunque la sociedad de consumo se ha expandido a muchos países del mundo, si todos tuvieran como objetivo el mismo crecimiento económico del que se habla en Occidente, el planeta colapsaría de basura tecnológica, agotamiento de recursos y contaminación de aire, mar y tierra. Por tanto, construir una ética que responda a las verdaderas necesidades humanas debe ser una prioridad de cualquier sistema económico, por formar parte del planeta Tierra y de la sociedad humana.

3.2. CRITICA SOCIAL

La crisis del paradigma contemporáneo, además de una interpretación inmoral de la teoría económica, está cimentada en una determinada concepción de la justicia. Actualmente está teniendo lugar un viraje a un tipo de sociedades cada vez más polarizadas e injustas, en las que las minorías y los colectivos oprimidos reclaman cada vez más derechos y libertades. La multiculturalidad, que podría aportar riqueza y aprendizaje, se considera una amenaza, y hay ciertos grupos sociales, especialmente ciertas mayorías, que ocupan un lugar privilegiado en el orden mundial.

Por eso es importante analizar la teoría de John Rawls en *La Teoría de la Justicia* (Rawls, 1971). El autor critica el pensamiento ético utilitarista, que justifica los privilegios de la mayoría por contribuir al bien común, sin tener en cuenta el pluralismo de las sociedades ni lo que se sale de la mayoría o del colectivo más favorecido o con más poder. Los colectivos que se quedan en un segundo plano con el utilitarismo se explican en la *Ética de la diferencia* de Xabier Etxeberria (Etxeberria, 1997), considerando ambos polos de un todo y reivindicando la importancia de los dos, como sería el caso del binomio masculino/femenino.

3.2.1 Crítica del razonamiento utilitarista

El utilitarismo es una ética basada en consecuencias, en maximizar la utilidad global social, es decir, la utilidad de la mayoría. Conforman uno de los razonamientos más extendidos en la sociedad de consumo actual, ya que justifica la compra masiva de todo tipo de objetos que antes no se consideraban necesarios, por su utilidad. Es una lógica que identifica lo positivo con lo útil y lo negativo con lo inútil (Rawls, 1971). Constituye, junto con el egoísmo y la mano invisible de Adam Smith, otra justificación de un sistema que tiene el crecimiento económico como máximo. Así, todos los engranajes de la máquina que conforma el sistema capitalista pasan a ser productos de los que se espera la máxima eficiencia o utilidad para mantener el crecimiento del sistema productivo.

Hay dos doctrinas morales que se enfrentan en el razonamiento ético utilitarista: las doctrinas deontológicas que priorizan lo justo sobre el bien común, y las doctrinas teleológicas que subordinan lo justo a lo correcto. Muchos dilemas éticos se derivan de este debate a nivel

práctico. Por ejemplo, en una situación de epidemia que amenaza con aniquilar a la población de un país, ¿estaría justificada la violación de libertades fundamentales para controlar a la gente? ¿La lucha por la supervivencia en este caso justifica el ataque a los derechos humanos? (Dupuy, 1998, pág. 123) En el seno del liberalismo ha surgido esta oposición, con Kant y Rawls posicionados en las doctrinas deontológicas. La *Teoría de la justicia* de Rawls es una crítica al utilitarismo, la doctrina moral y política dominante en el mundo anglosajón y en la filosofía económica moderna.

Una de las limitaciones del utilitarismo es que se enfoca en maximizar el bien común universal, que aunque pueda parecer un razonamiento válido a primera vista, implica sin embargo perder de vista la enorme pluralidad que caracteriza a las personas. Para Rawls, la pluralidad es el rasgo más destacable del sujeto moral, por lo que no puede tomar un papel secundario o inexistente en un razonamiento ético válido.

Según la doctrina utilitarista, cada persona tiene el deber moral de aumentar la utilidad general, es decir, contribuir a la mayor felicidad del mayor número. En concreto, el bien común o utilidad consiste en la suma de los placeres y penas sentidas por el conjunto de la sociedad (Dupuy, 1998, pág. 127). Sin embargo, en la ecuación no se contempla la amplia diversidad del ser humano, la complejidad de establecer un bien común para toda la humanidad, y corre el riesgo de generalizar y centrarse en unos grupos sociales más que en otros con el consiguiente peligro de pérdida de libertad. Dupuy identifica este razonamiento ético con un sacrificio sin límite, que se puede observar por ejemplo en los ejércitos, donde las personas son simples medios capaces de sacrificarse por una causa, o en las guerras, que en ocasiones se justifican como medios para alcanzar la paz.

Otro tema sobre el que incide Dupuy para cuestionar al razonamiento utilitarista es la unanimidad. ¿Cómo decidir el bien común? ¿Hay alguna fórmula objetiva? Dupuy desconfía de la unanimidad, defendiendo que es necesario establecer víctimas del sacrificio que cuentan menos que otros miembros de la sociedad. «El ciudadano de Ginebra estaba bien situado para saber que el odio común contra una misma víctima propiciatoria es la más eficaz de las máquinas de producir la unanimidad» (Dupuy, 1998, pág. 136). El utilitarismo produce exclusión social por considerar más importantes a unas personas que a otras con el objetivo de aumentar la utilidad global social.

A raíz de esto, John Rawls pretende demostrar que hay una razón superior a la razón utilitarista, en la que el principio sacrificial sea inaceptable. Para él, que dedica su obra a la justicia, una ética que justifica aplicar principios que excluyen a ciertos miembros de la sociedad y que prioriza el bien sobre lo justo, choca con el sentido mismo de la justicia. La teoría rawlsiana de la justicia se basa en priorizar lo justo sobre el bien, así como superar los principios utilitaristas e intuicionistas. Los primeros no priorizan las preferencias de las personas y los segundos dan por sentadas verdades *a priori*, haciendo que el sujeto no pueda establecer sus propias directrices (Enciso & Martín, 2006). Rawls pretende crear una ética de la justicia que priorice la justicia social sobre la ética económica, las libertades políticas de Rousseau sobre las libertades cívicas de Locke (pensamiento, conciencia y propiedad).

Lo que pretende John Rawls con la *Teoría de la justicia* es volver al contrato social revalorizando la justicia, con el objetivo de no usar al ser humano como un medio. De ahí la importancia de establecer una justicia social, que además esté por encima de la económica, e imparcial, para lo que Rawls recurre al velo de la ignorancia (Rawls, 1971). Los principios básicos de esta teoría de la justicia son la ley de libertades básicas iguales para todas las personas, y establecer que las desigualdades socioeconómicas son legítimas solo si cumplen dos condiciones: son obtenidas en una equitativa igualdad de oportunidades o procuran el máximo beneficio de los miembros menos aventajados de la sociedad. Para Rawls, la justicia es equidad, no igualitarismo: para construir una justicia social hay que tener en cuenta la diversidad de las personas y considerar las diferentes capacidades y esfuerzos.

3.2.2. Afirmar la diferencia y liberar la universalidad

John Rawls habla de tener en cuenta la diversidad de las personas, algo que hoy en día es fuente de diversos debates sociales y políticos. Al igual que es necesario poner el debate ecológico encima de la mesa para crear una ética que no solo incluya a las personas, sino al entorno que las sostiene y al ecosistema en general, hay que tratar de incluir a todos los colectivos para construir una ética inclusiva, consciente y afirmante de la diversidad humana. Xabier Etxeberria identifica en su libro *Ética de la diferencia* varios binomios que constituyen una fuente de conflicto y que se deben empezar a ver como diferencias que no son desigualdades que conforman una universalidad liberadora (Etxeberria, 1997).

El primer binomio dialécticamente relacionado que se trata es el de masculino/femenino, un tema muy actual por el auge que está teniendo el movimiento feminista, reflejado en la multitudinaria manifestación internacional del 8 de marzo de este año. Etxeberria explica la importancia de ir más allá de la construcción social de género por el carácter limitante de las normas morales relativas a la sexualidad. En esta dualidad, está claro que se ha favorecido al colectivo masculino antes que al femenino, y se han establecido normas que clasifican ambos conceptos de manera rígida. Los reclamos sociales en este sentido están dirigidos por un lado a una mayor amplitud de opciones sociales, para que cada persona sea libre de elegir su identidad sin basarse únicamente en la dualidad hombre-mujer (Etxeberria, 1997, pág. 30). Por otro, se reclama el no considerar un género superior que otro.

Desde la filosofía clásica se ha tratado este tema, y filósofos como Kant, Aristóteles y Santo Tomás defendían una diferencia jerárquica natural entre hombres y mujeres, que aquí por cuestiones de espacio no se desarrollarán. Sin embargo, lo que se ha venido demostrando desde la antropología y desde el movimiento feminista es que las diferencias son fundamentalmente sociales, debidas a un fuerte condicionamiento desde el momento del nacimiento para que las personas se identifiquen con uno u otro género. La propuesta de Etxeberria consiste en no oponer sino complementar, en considerar las diferencias entre hombres y mujeres como riqueza y no como desigualdad. Desde el momento del nacimiento, habría que realizar una labor de reconocer, educar y dar a cada persona lo que necesite, en este caso en lo relativo a la identidad de género. Así, se podría reafirmar un cierto modo de vivir la afectividad, el cuidado y la sensibilidad, propio de las mujeres, que tanto se complementa con la parte masculina (Etxeberria, 1997, pág. 46).

Etxeberria va más allá y analiza varias simbólicas de la sexualidad, con el fin de explicar que no solo hay una manera de vivirla, por lo que socialmente deberían aceptarse más de una. Así, se reconoce la simbólica de la alianza, predominante en la sociedad occidental, basada en la monogamia, la del deseo, que considera que la vida sexual está guiada por un desarrollo libre, evitando la culpa y poniendo el límite en el respeto a la voluntad de la otra persona. También la de la ley natural y la de la pasión: la pasión es aventura y da sentido a la vida, al contrario que la estabilidad. Al igual que hay varias simbólicas en este ámbito, es natural que cada persona se identifique con una manera de vivir la sexualidad y que esta varíe

a durante su vida. Por eso, considerarla fuente de riqueza y no de desigualdad es clave para una ética de la diferencia.

Otro dual muy interesante y actual es el de nosotros/ellos, que pone el foco en reconocer la humanidad común de todas las personas, así como una colectividad diferenciada. Sin embargo, hay cuatro categorías que son fuente de desigualdades entre nosotros y ellos: raza, nación, etnia y Estado (Etxeberria, 1997, pág. 84). Algunos de los problemas que suelen surgir a raíz de esto tienen lugar en la relación entre los pueblos indígenas y otros pueblos, entre colonizadores y colonizados, y entre nativos e inmigrantes. Se puede ver así una tendencia histórica de diferenciación entre nosotros y ellos, partiendo de la época de la colonización, en que las personas nativas de los territorios colonizados no eran consideradas ni personas por no pertenecer al grupo «nosotros», por diferencias culturales, físicas, religiosas e idiomáticas. Hoy en día, se puede ver la herencia de este hecho en la ideología racista, que justifica el odio al otro por la diferencia. Etxeberria explica que las personas procedentes de territorios anteriormente colonizados son las que más racismo sufren, por esta herencia de tratar al otro como inferior.

En lo relativo al Estado-nación, la complejidad del nosotros/ellos viene dada por su naturaleza a la vez política y cultural, que aúna la universalidad de los derechos humanos con priorizar a la ciudadanía de un país sobre las otras personas. Asimismo, al juntar a varios colectivos en la unidad del Estado, se tiende a favorecer a unos sobre otros, con los consecuentes movimientos sociales que reclaman un igual trato por parte del Estado y una legislación que defienda la igualdad de todos los colectivos (Etxeberria, 1997). El asunto se complica más al incluir la inmigración en la ecuación. Como explica Etxeberria, el miedo a lo diferente en los Estados modernos hace que se admita la inmigración de personas parecidas culturalmente a las ciudadanas del Estado, así como a las que aporten al bienestar social. Sin embargo, es difícil determinar qué grupos de inmigrantes pueden considerarse positivos para cada sociedad y cuáles negativos, y su interpretación puede ser fácilmente sesgada. En los países con una opinión pública más dirigida a rechazar a la población inmigrante, Etxeberria recuerda la amnesia histórica: «olvidamos que si hoy Europa es país receptor de inmigrantes, ha sido esa misma Europa la zona más “emigrante” del planeta» (Etxeberria, 1997, pág. 20).

En este caso se puede observar cómo el Estado, tan beneficioso para «nosotros», se convierte en un obstáculo para los «otros», incluso en materia de derechos humanos,

priorizando esta categorización al hecho de la humanidad común de todas las personas y a la riqueza de la diversidad que pueden aportar los «otros». Sin embargo, el sistema capitalista incurre en una curiosa hipocresía: las fronteras de los Estados, que niegan la entrada a personas que huyen de la guerra o buscan un futuro mejor para ellas y sus familias, dejándolas al otro lado de un muro que tapa a los «otros», con sus recursos esquilados y su desequilibrio político, sí permite y fomenta la entrada de bienes y recursos procedentes mayoritariamente del Sur que construyen la riqueza y los lujos occidentales.

Por eso Etxeberria estudia también el binomio Norte/Sur, por tener una relación tan próxima a la temática medioambiental y social. El tema Norte (o países ricos, o «desarrollados»)/ Sur (o países pobres, o «en vías de desarrollo») tiende a verse como un problema de riqueza/pobreza, pero comprende una serie de cuestiones que van más allá, entre ellas, el desarrollo, el género, la ecología y la cultura (Etxeberria, 1997, pág. 196). Son variables que han ido marcando diferencias entre ambos polos, con una generalización que no representa la realidad.

Por eso, es importante considerar lo que se conoce por pobreza: no consiste únicamente en ingresos, sino en capacidades y realización, en las opciones que tiene una persona para elegir el camino que quiere seguir en su vida. Según Etxeberria, hay consideraciones a tener en cuenta, como la relación entre la pobreza del Sur y el colonialismo (presente y pasado) del Norte, por lo que hay que tomar responsabilidad para cambiar el sistema de dependencia que se ha ido establecido con modelos de desarrollo que no han priorizado la autonomía o la diversidad del Sur (Etxeberria, 1997, pág. 200).

Asimismo, otra consideración para el desarrollo es la discriminación hacia la mujer. Aquí se junta el Sur y la mujer como colectivos oprimidos, por lo que es imprescindible reevaluar el trabajo de la mujer en el Sur (en su mayoría doméstico, agrícola, con sueldos más bajos) para ponerlo a la altura que merece. Según Etxeberria, si la mujer tuviera más reconocimiento y protagonismo, tendría lugar un desarrollo más humano y sostenible (Etxeberria, 1997, pág. 216). Ligando el feminismo con la ecología, nace una corriente muy interesante que se propone en el análisis como alternativa al modelo social que prioriza al hombre sobre la mujer: el ecofeminismo, que consiste en fomentar métodos respetuosos con la naturaleza (por ejemplo, de recolección y agricultura) que son propios de las mujeres del Sur, así como una relación de cuidado con la naturaleza.

La ecología también está influenciada por esta relación desigual entre el Norte y el Sur, sobre todo por la responsabilidad de los primeros, tema que se comenta con mayor profundidad más adelante. Etxeberria plantea que los países del Norte deben parte de su desarrollo a la no contaminación del Sur (Etxeberria, 1997, pág. 219), al hecho de haber estado casi solos en el tablero del mundo para poder desarrollarse a su antojo, cogiendo materiales de donde han querido. Es lo que se conoce como deuda ecológica, lo que plantea el repensar las relaciones económicas internacionales para que el Norte asuma responsabilidades y ayude al Sur a llevar a cabo un desarrollo sostenible. También se plantea el hecho de no mirar únicamente al Norte como modelo de desarrollo universal, ya que se ha visto que sus consecuencias son nefastas. El Sur puede dar respuesta a nuevos modelos de hacer frente a la crisis ecológica, por tener una cultura tradicionalmente más espiritual y más respetuosa con el entorno, como las comunidades indígenas.

En *Ética de la diferencia* se plantea, en línea con Hans Jonas en *Ética de la responsabilidad*, que si los humanos tienen el poder de destruir, también tienen el deber de conservar, en este caso, la biodiversidad, que es la diferencia de la naturaleza. Para eso, es necesario repensar el consumo, el crecimiento demográfico, y la relación Norte-Sur, que podría bien convertirse en un intercambio igualitario entre la tecnología del Norte (sin ponerla totalmente al servicio del mercado) y la materia prima del Sur (Etxeberria, 1997, pág. 230).

3.3. CRÍTICA MEDIOAMBIENTAL

El eje medioambiental no constituye una pata más de este trabajo, sino que es el tema transversal que se viene tratando de principio a fin. Sin embargo, la crisis ecológica no se puede plantear en solitario por la interdependencia del sistema: hace falta primero entender la crisis de la cosmovisión actual en términos de pensamiento económico y social para incluirlas en una reivindicación estructural por un paradigma ecológico desde el que mirar al conjunto de la sociedad.

Por eso, a continuación se revisará la manera que han tenido los humanos de relacionarse con su entorno y las consecuencias que esto ha tenido sobre el ecosistema, hasta el punto de alcanzar niveles irreversibles de degradación ecológica. Se analizará después la respuesta internacional que se ha dado para abordar la situación, cuyos resultados resultan insuficientes para enfrentarse al gran reto de cambiar el estilo de vida de los humanos para poder seguir habitando la Tierra.

3.3.1. Pilares fundamentales de una ética ecológica

La vulnerabilidad de la naturaleza se empezó a descubrir a raíz de los daños causados por la mano humana en distintas zonas del planeta. Asimismo, cobrar conciencia de que los recursos naturales no renovables y renovables pueden no ser suficientes para que la humanidad pueda llevar un estilo de vida óptimo, puso en marcha una sensibilización hacia el tema medioambiental (Camacho Laraña, Fernández Fernández, González Fabre, & Miralles Massanés, 2013). Esto dio lugar al nacimiento de la ecología y a poner de manifiesto que, ya que los humanos tienen poder sobre la naturaleza, desde un punto de vista tecnológico, también tienen la responsabilidad de cuidarla. En la medida en que el destino de la raza humana está ligado al destino de la tierra, los humanos somos dependientes del bienestar de la tierra, y por tanto tenemos el deber de protegerla.

La creciente sensibilización global respecto al medio ambiente ha supuesto que se repiense a nivel personal, nacional e internacional la cuestión de cómo la convivencia del ser humano con el planeta puede resultar menos dañina para todos, sin renunciar a una vida

gratificante ni a las modernidades que se han ido alcanzando, especialmente a nivel tecnológico. Sin embargo, los problemas ecológicos a los que se enfrenta este desafío son concretos y, por ello, se necesitan soluciones concretas. Siguiendo el planteamiento de la *Agenda 21* de la Conferencia de Río (1992), que se desarrollará en el siguiente apartado, se podrían agrupar en tres grupos los problemas derivados de la acción humana en la tierra: el agotamiento de recursos, la contaminación y los desequilibrios sistémicos (Camacho Laraña, Fernández Fernández, González Fabre, & Miralles Massanés, 2013).

El agotamiento de los recursos naturales se ha convertido en una preocupación ambiental, política y social. Por un lado, los recursos se pueden dividir en renovables y no renovables. Los más problemáticos en este tema serían los últimos, en concreto los combustibles fósiles, por ser el planeta el que los genera a su propio ritmo, que los humanos no pueden aumentar de forma sostenible aunque lo intenten. Petróleo, gas, carbón y algunos minerales vienen sosteniendo el crecimiento industrial de los países occidentales a lo largo de la historia, y en las últimas décadas de los países en vías de desarrollo, que aspiran a un nivel de producción y consumo parecido a los de Occidente. Al contrario de la tradicional creencia de que estos materiales eran inagotables, en la actualidad hay conciencia, especialmente movida por las cifras aportadas por la comunidad científica, que estiman su agotamiento a lo largo de este siglo. Se estima que a finales del siglo XX se alcanzó el pico de la producción del petróleo y que a lo largo del XXI se alcanzarán los del gas natural, cobre, aluminio, carbón y hierro (Valero & Valero, 2012). A partir de ahí, la producción global empezará a decaer por el agotamiento de los materiales que la sustentan, por lo que la mejor opción sería buscar alternativas.

Por otra parte, la combustión de materias fósiles plantea el problema global de la temperatura del planeta. El dióxido de carbono que se extiende por la atmósfera debido a esta combustión, produce el famoso efecto invernadero, es decir, deja pasar las radiaciones solares pero no libera el calor que estas producen en la tierra. Las consecuencias son bien sabidas: derretimiento de los polos, aumento del nivel del mar, inundaciones... Tal como reflexiona Hans Jonas:

«la alegre y frívola fiesta humana de unos cuantos siglos
industriales habría de pagarse quizás con milenios de un mundo terrestre

transformado, lo cual no sería justo a escala cósmica, pues en esos siglos se malgastaría la herencia de millones de años» (pág. 306)

Por eso cada vez los recursos renovables suenan con más fuerza: el aire, el sol y el viento son fuerzas inagotables, y su nivel de contaminación emitida y de agresividad con el medio ambiente los diferencia en gran medida de los combustibles fósiles. La hidroeléctrica, aprovechando la fuerza del agua, la solar, la eólica, son energías limpias. El problema que se plantea con las renovables es que el ritmo de la demanda humana supera a la capacidad regenerativa de la naturaleza. La demanda energética de la humanidad es mucho mayor de lo que estas energías pueden abarcar, y por eso se ha considerado otro tipo de energía, la nuclear, aunque supone una amenaza radioactiva para el medio ambiente y su materia prima, el uranio, puede agotarse. Hans Jonas y numerosos colectivos de la comunidad científica plantean la posibilidad de empezar a depender de la fusión nuclear controlada, cuya materia prima inagotable serían los isótopos de hidrógeno, y no emite radioactividad, al contrario que en las centrales nucleares clásicas. Sin embargo, en la actualidad aún no se ha conseguido perfeccionar los reactores de fusión nuclear.

Los recursos renovables presentan asimismo una problemática a la que es necesario darle solución para la supervivencia de la raza humana. Respecto al agua dulce, que constituye una necesidad básica para todo ser humano y solo el 3% del agua existente en el planeta, se plantea el problema de las sequías debidas al cambio climático, la contaminación por proximidad a fábricas y su uso masivo en operaciones industriales (Camacho Laraña, Fernández Fernández, González Fabre, & Miralles Massanés, 2013). Cuanta menos oferta haya de agua, así como de todos los bienes que constituyen necesidades básicas, más conflictos aparecerán para conseguirlos, como el conflicto entre Siria e Israel por los Altos del Golán.

Otro tema a considerar en lo relativo a recursos es el de la alimentación: una población exponencialmente creciente obliga a repensar tanto los recursos que las personas dedican a producir alimentos como la forma de producirlos. Los animales hace ya tiempo que pasaron de considerarse seres vivos a simples objetos, determinados por la oferta y la demanda, cuyo objetivo último es alimentar a los humanos, por lo que su trayectoria vital está totalmente orientada a satisfacer a las personas sin demasiadas consideraciones éticas. Asimismo, cuantos más alimentos de origen animal incluyan las personas en su dieta, más

recursos harán falta: primero, los alimentos de los animales, que suelen ser vegetales tratados con químicos, y por otro lado procesar los animales para prepararlos para el consumo humano. Se estima que producir cada caloría de carne requiere unas 7 calorías de alimento vegetal (Camacho Laraña, Fernández Fernández, González Fabre, & Miralles Massanés, 2013). Por otra parte, las inmensas plantaciones de vegetales son causantes de deforestaciones y desequilibrios en la naturaleza. De las áreas forestales dependen tanto la producción de oxígeno como la regulación de las lluvias, y por tanto de los ríos de donde se obtiene el agua dulce. Es evidente que el planeta es un sistema interconectado, y cualquier desequilibrio afecta a todo el ecosistema, por lo que cuidar la biodiversidad y la forma que tienen los humanos de alimentarse debería proteger ese equilibrio entre humanos y naturaleza.

El dilema es, asumiendo que las necesidades de la sociedad van en aumento, repensar la forma de satisfacerlas o modificarlas sin dañar el medioambiente. Como afirma Hans Jonas, «el castigo acumulativo infligido a la naturaleza con las técnicas de maximización agraria empieza ya a dar muestras locales de sus progresivos efectos desastrosos» (Jonas, 1979, pág. 304). En términos prácticos, y pensando en las dos próximas generaciones, se ha puesto sobre la mesa los organismos genéticamente modificados, que «animarían» a la tierra a ofrecer sus frutos multiplicados. Sin embargo, es necesario analizar cómo de peligroso y necesario es jugar a controlar los frutos que da la tierra.

En cuanto a las materias primas, su obtención en siglos anteriores era relativamente sencilla por su proximidad a la superficie, mientras que en la actualidad, los recursos que se usan para abastecer el nivel de vida de los países industrializados proviene de niveles cada vez más profundos de la tierra, provocando una extracción cada vez más peligrosa por los efectos que puede tener en el ecosistema. El *fracking*, por ejemplo, es una forma de extraer el gas de esquisto que se encuentra a gran profundidad entre capas de roca, para lo que es necesario fracturarla e inyectar agua con aditivos químicos y arena a alta presión. A pesar de los intereses de las grandes empresas, esta técnica ha suscitado muchas críticas y movimientos en contra debido a la agresividad con la que se trata la tierra y por las posibles consecuencias (Martins, 2013).

Respecto a estos aspectos que se consideran para reflexionar sobre la relación entre las personas y el planeta, cabe reflexionar sobre si la única variable en la ecuación consiste en encontrar una nueva forma de alimentar a las personas o de suministrarles energía. ¿Y si es la

altísima demanda humana el problema? Por muchos inventos con los que la humanidad consiga paliar sus problemas, hay límites que se imponen. Los principios de la termodinámica enuncian que con todo trabajo se pierde energía, que toda energía acaba degenerando en calor y que el calor se dispersa, es decir, busca el equilibrio con su entorno. Por tanto, aunque las personas dieran con una manera de producir energía que no dañara directamente el medio ambiente, el calor que esta produciría para satisfacer su demanda provocaría un problema de recalentamiento del medio ambiente, que se retroalimentaría con el calor de las miles de millones de personas que habitan la tierra, junto con el de los animales y con el de sus múltiples aparatos electrónicos que también generan calor. Además de la termodinámica, otra máxima de este planeta es que solo disponemos de él para deshacernos del calor y basura tecnológica producida.

Otra de las nefastas consecuencias de los procesos de producción de bienes en los que se basa la sociedad de consumo es la contaminación. La anteriormente mencionada contaminación del aire como consecuencia del uso de combustibles fósiles y la actividad industrial produce cada año más daños en la salud de las personas, llegando a producir dos millones de muertes al año en 2011 según la Organización Mundial de la Salud, especialmente en grandes ciudades como Shanghai, Santiago de Chile y Mumbay (Organización Mundial de la Salud, 2011). Las sustancias químicas de uso agrícola como los pesticidas, y algunos minerales empleados en la industria, como el arsénico o el mercurio, constituyen otro tipo de contaminación, que produce envenenamientos irreversibles e impregna el aire, el agua y la tierra.

Lejos de desanimar al cambio, lo que se pretende con estos apuntes es repensar la cosmovisión ética y abogar por una relación recíproca entre los humanos y el ecosistema, que funcione como la naturaleza con la lógica de dar y recibir respetando los ritmos naturales. Tanto la gran industria que los humanos han construido en torno a los animales como los monocultivos que antes eran campos en equilibrio, apenas tienen algo en común con la naturaleza, que cada vez tiende más a un entorno gris y estéril, en vez de a un paisaje colorido lleno de vida que es el propio de la Tierra. En el centro de la ética de la responsabilidad debe estar la concepción de que el humano también es parte de la naturaleza, por lo que el destino de esta también incluye a los seres humanos. La perspectiva ecológica permite extender la responsabilidad ética hacia el futuro en que se juega la sostenibilidad de la vida humana. Por

eso es imprescindible que todos los actores posibles unan sus fuerzas para encontrar soluciones. Desde las personas a las organizaciones internacionales, pasando por el nivel estatal y las empresas, se debe abogar por una visión medioambiental para solucionar el problema de la contaminación, los recursos y los desequilibrios en el ecosistema, y evitar problemas de diversa índole derivados de un maltrato al medioambiente, como los refugiados medioambientales.

Por eso es importante recordar el pasado y todo lo negativo y positivo que pueden ser las personas para construir un futuro en que la relación entre humanos y naturaleza sea recíproca. Las personas tienen la capacidad de ser *buenas* y *malas* (Jonas, 1979, pág. 351), y aceptar la esencia misma de la persona sirve para aprender a crear una nueva ética en que se enfatice la parte *buen*a, creativa, práctica, consciente y cuidadora. Asimismo, la esperanza, el temor y la responsabilidad activa son actitudes necesarias para esta tarea. Por una parte, la esperanza presupone la posibilidad de hacer algo y apuesta por ello; el temor proporciona la prudencia necesaria para tener en cuenta la complejidad y multitud de factores presentes en la ecuación; y la responsabilidad invita a la reflexión de « ¿qué le sucederá a eso si yo no me ocupo de ello? Cuanto más oscura sea la respuesta, más clara será la responsabilidad. » (Jonas, 1979, pág. 357)

3.3.2. Concienciación a nivel internacional

Un nuevo reto para la ética actual es la consideración de las condiciones globales de la vida humana y el futuro remoto: una nueva concepción de los derechos y los deberes basados en la existencia de la especie (Jonas, 1979, pág. 34). Ninguna ética anterior ha englobado tanto, y por eso constituye un reto tan grande, un reto colectivo en una sociedad cada vez más individualista. Es imprescindible este pensamiento a escala global para regular el poder de los humanos sobre el planeta. Así, la posibilidad de la destrucción de la civilización se convierte en una posibilidad real, y por tanto, han de crearse mecanismos para proteger la vida de las generaciones venideras en la tierra.

Estos mecanismos deben venir en gran medida en forma de límites, de prevención y conservación, no de progreso ilimitado como se ha venido haciendo en las últimas décadas. Ya se está viendo que hay aspectos que no conviene que sigan creciendo a este ritmo

estrepitoso, como la población. En el último siglo ha crecido a un ritmo hasta entonces desconocido, como consecuencia de la reducción de las tasas de mortalidad infantil y el aumento de la esperanza de vida. La tasa de crecimiento se viene reduciendo a un ritmo exponencialmente alto: en 1927 se tardó 127 años en llegar a los 2.000 millones de habitantes, y en 2011 se tardó 12 años en llegar a los 7.000 millones (Camacho Laraña, Fernández Fernández, González Fabre, & Miralles Massanés, 2013).

Por otra parte, el ritmo de producción de bienes tampoco puede continuar creciendo por su exacerbada explotación de recursos y sus consecuentes daños al medio ambiente. A esto hay que sumar las aspiraciones de los países menos industrializados de alcanzar unos niveles de bienestar similares a los que se disfrutaban en los países ricos. También por esta razón, la ética de la responsabilidad tiene que plantearse a nivel internacional. Como advierte Hans Jonas, la adversidad de la naturaleza, fomentada por la desmesurada acción humana, deja caer todo su peso sobre los países desfavorecidos. La distancia insensibiliza lo suficiente como para que, si no se toma conciencia, el hambre de un país entero puede resultar indiferente para poblaciones alejadas, aún en la era de la globalización. Por eso, la huella ecológica ha pasado a ser una cuestión íntimamente relacionada con la justicia social.

Ya en 1971 se redactó el *Informe al Club de Roma: Los límites del crecimiento* en el marco del Club de Roma, institución que ha ganado reconocimiento internacional en estos temas. Su objetivo inicial era abrir un foro de debate con expertos, así como sensibilizar a la opinión pública. El informe consistía en un estudio llevado a cabo por el Instituto Tecnológico de Massachusetts sobre la viabilidad de mantener el crecimiento económico en el mundo indefinidamente. Se estudiaron cinco variables: crecimiento de la población, disponibilidad y tasa de utilización de los recursos naturales, crecimiento del capital industrial, producción de alimentos y contaminación, para determinar los límites que podrían detener el crecimiento de la población o de la actividad productiva.

La conclusión del estudio fue que, al ritmo de aquel momento, llegaría un punto de colapso de la civilización en el año 2100, por lo que se proponía abandonar el modelo de desarrollo económico vigente hasta conseguir el crecimiento cero. A pesar de las críticas, especialmente por no considerar la pluralidad de las regiones del mundo, el estudio estableció un contrapunto al optimismo desarrollista de la época, con datos preocupantes sobre la

escasez de recursos y la necesidad de usarlos de manera responsable, cuanto antes mejor (Camacho Laraña, Fernández Fernández, González Fabre, & Miralles Massanés, 2013).

Las Naciones Unidas se sumaron a la sensibilización medioambiental en 1972, con la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Humano en Estocolmo. El objetivo de la conferencia fue analizar las características del ecosistema y que afectan a las condiciones de la vida humana. Para prepararla, se encargó un informe a más de un centenar de científicos de todo el mundo, cuya redacción final se realizó de mano de René Dubos y Barbara Ward (1972) con el título de *Una sola Tierra*. Algunos temas fundamentales que trata son el reconocimiento de que la especie humana necesita del medio que la rodea para su propio bienestar, para gozar de los derechos humanos fundamentales y para su vida misma. Reconoce también el daño causado por los humanos a la tierra, como la contaminación del agua, la tierra y los seres vivos, los desequilibrios de la biosfera, el agotamiento de los recursos naturales y los efectos en la salud de las personas.

El informe constata también la obligación de «proteger y mejorar el medio para las generaciones presentes y futuras» (Camacho Laraña, Fernández Fernández, González Fabre, & Miralles Massanés, 2013), muy en línea con la ética de la responsabilidad de la que hablaba Hans Jonas. Sobre esta responsabilidad comienza un debate debido a un enfrentamiento de intereses entre los países industrializados y los países en vías de desarrollo; esta discusión continúa hoy día, como se puso de manifiesto en la Conferencia de París, con argumentos basados en mantener el desarrollo económico, más que en respetar al planeta. Uno de los aspectos más positivos de la conferencia de Estocolmo fue, más que el compromiso de los países, el poner encima de la mesa el carácter global de la problemática ecológica, lo que propició la creación de un Programa Mundial sobre el Medio Ambiente.

El siguiente paso hacia una sensibilización medioambiental se dio con el *Informe Brundtland* en 1987. Por primera vez, se debate sobre la relación entre medio ambiente y desarrollo, desde la conciencia creciente de que el desarrollo tiene que tener en cuenta los límites naturales del medio ambiente y de los recursos naturales. De su elaboración se encargó la Comisión Mundial del Medio Ambiente y Desarrollo de las Naciones Unidas, con el título de *Nuestro Futuro Común*, aunque se le conoce como Brundtland por el nombre de la Primera Ministra de Noruega que lo coordinó e impulsó. El concepto de desarrollo sostenible nació en

este momento, con la explicación de que el desarrollo que se estaba llevando a cabo genera pobreza y deterioro del ecosistema, con efectos nefastos para todos los seres vivos.

«Está en manos de la humanidad hacer que el desarrollo sea sostenible, es decir, asegurar que satisfaga las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las futuras generaciones para satisfacer las propias.» (Brundtland, 1989)

Con este mensaje se cuestiona la viabilidad del modelo de desarrollo económico clásico sin límites y se recalca la responsabilidad de los humanos con las generaciones futuras: el planeta no podría soportar el ritmo de consumo que llevan ejerciendo los países más ricos si se pretendiera extenderlo a todas las regiones del mundo.

El siguiente concepto que nació a raíz de la creciente concienciación medioambiental fue el desarrollo humano, propuesto en los Informes del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Están enfocados no tanto en el modelo económico mismo, sino en sus consecuencias para las personas y en cuestionar si este modo de vida basado en tener cada vez más bienes materiales realmente contribuye a una mejor calidad de vida y a la felicidad. El informe de 1991 especifica que el ingreso económico no lo es todo para la existencia humana, sino que hay aspectos igual de importantes como la educación, la salud y la libertad. El PNUD también ha elaborado indicadores de desarrollo como el Índice del Desarrollo Humano, que cuenta con las variables de capacidad adquisitiva, nivel educativo, salud, y la esperanza de vida. Otros indicadores que consideran más factores además de la economía son el Índice de Pobreza Multidimensional y el Índice de Desigualdad de Género. Durante más de dos décadas, el PNUD ha ido produciendo informes anuales sobre desarrollo humano en los que se van actualizando y elaborando los datos para conseguir aumentar la sensibilidad medioambiental progresivamente (Camacho Laraña, Fernández Fernández, González Fabre, & Miralles Massanés, 2013).

La tercera Conferencia de Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo tuvo lugar en Río de Janeiro en 1992. Se reunieron 178 responsables gubernamentales para asumir compromisos por parte de los estados participantes, que aunque no fueron remarcables, el evento sí que consiguió hacerse eco global y concienciar al panorama internacional de la importancia de la cooperación entre países. En la *Declaración de Río* se enumeran 27

principios para mejorar la gestión de los recursos naturales, y se hace hincapié en la poca viabilidad del desarrollo económico dominante por su alta degradación ecológica, con la que los países más industrializados han contraído una deuda ambiental durante muchos años. Posteriormente se han celebrado una conferencia en Johannesburgo (2002) y otra en Río de Janeiro (2012) para hacer un seguimiento de los resultados.

En relación a la creciente preocupación ante las alteraciones climáticas, en 1997 se celebró en Kyoto la Conferencia sobre el Calentamiento Global, una iniciativa de Naciones Unidas para establecer un protocolo para el cumplimiento de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático de 1992. Los principales logros del protocolo fueron la reducción de las emisiones de gases de efecto invernadero de 38 países industrializados, por ser la causa de la elevación de las temperaturas medias globales, causando la alteración del clima. La Unión Europea se comprometió a reducirlas un 8% para el año 2008, Estados Unidos un 7% y Japón un 6%. Sin embargo, el mismo debate sobre los países más y menos industrializados volvió a surgir, con participantes como Estados Unidos abogando porque los segundos fueran adoptando medidas de reducción de gases de efecto invernadero. Por otra parte, estos defendieron que los países más industrializados tienen más responsabilidad por su deuda ambiental.

En general, los resultados del protocolo han sido pobres por el bajo compromiso de los países, sobre todo por los costes de cumplirlo, que afectan a la competitividad internacional, y por el abandono de Estados Unidos, Canadá, China e India. Sin embargo, es importante mencionar la labor de concienciación social y la movilización de varias organizaciones para conseguir cambios medioambientales, como el Panel Internacional sobre Cambio Climático, un grupo de expertos que revisa literatura científica sobre el cambio climático. Asimismo, es relevante el cambio de mentalidad que tuvo lugar en 1985 como consecuencia al descubrimiento del agujero en la capa de ozono que venía abriéndose en la Antártida desde 1976. La comunidad científica señaló a los compuestos cloro-fluorocarbonados, unos gases industriales con un uso muy expandido (desodorantes, refrigerantes y otros sprays) como los principales responsables, por lo que se acordó un marco de negociación entre los productores CFC para reducir las emisiones: la Conferencia de Naciones Unidas en Viena (1985), que se concretó en el Protocolo de Montreal (1987). Como

consecuencia, el agujero de la capa de ozono se ha ido recuperando gracias a la acción internacional.

La última reunión internacional sobre el cambio climático tuvo lugar en París el 30 de noviembre de 2014, bajo el nombre de la 21ª Cumbre de Naciones Unidas sobre Cambio Climático o COP21. Se reunieron 195 países con el objetivo de redactar un sustituto para el Protocolo de Kioto. Esta conferencia constituye el primer acuerdo universal de lucha contra el cambio climático, y uno de sus puntos principales fueron el mantener la temperatura global por debajo de 2 grados centígrados con respecto a los niveles preindustriales, para lo que se estableció que los países participantes deberán alcanzar un techo en los gases de efecto invernadero emitidos (RES, 2015). Asimismo, se estableció que los países deberían presentar planes de reducción de sus emisiones en las llamadas contribuciones nacionales. El objetivo final serían las cero emisiones netas para 2050.

El acuerdo en sí es legalmente vinculante, aunque la decisión que lo acompaña y los objetivos nacionales de reducción de emisiones no lo son. Este ha sido uno de los principales motivos de crítica, porque cada Estado debe establecer sus mecanismos de reducción de emisiones y se teme una falta de compromiso. Para que los países con menos recursos puedan adaptarse a las demandas internacionales en relación al cambio climático, se estableció una obligación de ayuda internacional de los países con más posibilidades (RES, 2015).

Se ha repasado en este capítulo la acción internacional para combatir el daño que los humanos hacen al medioambiente. Sin embargo, aun considerando estas iniciativas para crear marcos de actuación, día tras día las personas siguen llevando un estilo de vida que lleva en última instancia al colapso ambiental. Está claro que a nivel internacional se conoce la situación con respecto al medio ambiente, y a nivel teórico son ideas coherentes; lo que hace falta es compromiso político y acción urgente para solucionar el problema, y sobre todo humildad para aceptar que los humanos (unos más que otros) son los responsables y los que deben buscar una solución estructural.

«Las Cumbres mundiales sobre el ambiente de los últimos años no respondieron a las expectativas porque, por falta de decisión política, no alcanzaron acuerdos ambientales globales realmente significativos y eficaces (...) ¿Para qué se quiere preservar hoy un poder que será recordado por su incapacidad de intervenir cuando era urgente y necesario hacerlo?» (Francisco, 2015)

4. CLAVES DEL NUEVO PARADIGMA

A pesar de lo compleja que es la tarea de crear una nueva ética, por la urgencia y por todos los aspectos a tener en cuenta, ya hay corrientes alternativas al sistema capitalista que proponen otra manera de vivir y de relacionarse con el entorno. En concreto, para dar respuesta a las tres críticas planteadas en el apartado anterior, este análisis se centrará en presentar alternativas económicas, de justicia y medioambientales, que se deben entender como el conjunto de toda una nueva cosmovisión ética.

Por eso, los caminos alternativos que se pueden tomar para cambiar de rumbo en este sistema que no está dirigido a la felicidad ni al bienestar y no cuida la conexión de las personas con su entorno, ni el ecosistema que las mantiene, pueden venir de la economía circular, de la teoría del decrecimiento económico, del ecofeminismo y de un viraje en el replanteamiento ecológico de mano de la *Ética de la responsabilidad* de Hans Jonas y de la encíclica *Laudato Si* del Papa Francisco.

4.1. Alternativas al actual sistema económico

En los últimos años han ido surgiendo teorías llevadas a la práctica que cuestionan el carácter efímero del consumo actual, así como la lógica del «comprar, usar, tirar». Dos de las más sonadas son la economía circular y la economía del decrecimiento.

La economía circular se basa en un sistema de aprovechamiento de recursos, donde prima la reducción, la reutilización y el reciclaje (Acciona, s.f.). Consiste en repensar el modelo «producir, usar, tirar» y convertirlo en «reducir, reusar y reciclar», en transformar el sistema económico lineal en uno circular, en el que todo lo producido cumpla una función de manera continua, como en la naturaleza. En este sistema prima la reducción de la producción al mínimo indispensable, preferiblemente con materiales biodegradables que puedan volver a la naturaleza sin causar daños medioambientales al agotar su vida útil. Para los materiales que se usen en la producción y no puedan ser biodegradables, se les facilitará un nuevo uso reincorporándolos al ciclo de producción.

Este sistema posee numerosas ventajas a largo plazo, una lógica muy beneficiosa al tener en cuenta a las próximas generaciones en la ecuación. Como se afirma en la página web *Sostenibilidad*, las empresas que han aplicado la economía circular comprueban que reutilizar recursos es más rentable que comprarlos o crearlos de cero una y otra vez, reduciendo así los costes de producción y el precio de venta (Acciona, s.f.). La clave es considerar el residuo como un recurso, que se puede reincorporar más de una vez al ciclo productivo, evitando así las millones de toneladas de basura que se emiten con un sistema económico lineal, las emisiones de dióxido de carbono a la atmósfera y muchas otras consecuencias que se han tratado a lo largo de este trabajo. De hecho, la Unión Europea plantea como objetivo en una de las siete iniciativas de su estrategia Europa 2020 «Una Europa que utilice eficazmente los recursos» (Fundación para la Economía Circular, s.f.).

La economía de decrecimiento, a su vez, comprende también un conjunto de medidas para combatir la obsolescencia programada y la lógica del consumo masivo de usar y tirar. Sin embargo, su perspectiva es más radical en el sentido de que implica una reducción del crecimiento y del desarrollo económico, no tanto hacerlo sostenible, por la dependencia que crea el mercado en la sociedad y el estado de insatisfacción generalizada en que sume a las personas, además de las consecuencias medioambientales (Latouche, 2012, pág. 53). Uno de los pilares de esta teoría es la constatación de que «la sociedad económica de crecimiento y de bienestar no consigue el objetivo proclamado de la modernidad, a saber: la mayor felicidad para la mayoría» (Latouche, 2012, pág. 69). Tal como explicaba Exteberria, se tiende a universalizar y a invisibilizar a ciertos colectivos con respecto a otros, con los consecuentes privilegios para una parte de la sociedad.

En el libro *Salir de la sociedad de consumo*, Latouche realiza una aproximación a la teoría del decrecimiento y explica que la sociedad «desarrollada» es en realidad una «producción masiva de decadencia», que degrada a las mercancías, transformándolas en desperdicios, y a las personas, «excluidas y despedidas después de usar, desde el director general hasta las personas desempleadas, las sin hogar y otros desechos humanos» (Latouche, 2012, pág. 70). Además, la economía de crecimiento fomenta la competencia y la guerra de todos contra todos, obteniendo como resultado a unas pocas personas ganadoras, y a una muchedumbre de personas envidiosas y frustradas. Según la teoría del decrecimiento, una «sociedad decente no produce excluidos».

Para llevar a cabo el «círculo virtuoso de decrecimiento sereno» (Latouche, 2012, pág. 71), se proponen ocho R: reevaluar, *reconceptualizar*, reestructurar, redistribuir, relocalizar, reducir, reutilizar y reciclar. El objetivo consiste en sustituir los valores de la sociedad mercantil (competencia extrema, individualismo y acumulación de bienes sin límites) por el altruismo, la reciprocidad, la comunidad y el respeto por el entorno; «la abundancia combinada con el individualismo produce miseria, mientras que compartir, incluso dentro de la frugalidad, produce la satisfacción de todos, y hasta la alegría de vivir» (Latouche, 2012, pág. 72).

La teoría del decrecimiento comparte la perspectiva del cuidado elaborada por las feministas, que consiste en la reevaluación de los valores de la sociedad de consumo para, por ejemplo, considerar el tiempo consagrado a cuidar de las otras personas, como reacción a la postura única del «cuidado de uno mismo». Así, se pretende equilibrar la competición con la cooperación. Otro reto que se propone esta teoría es combatir la «sobreinformación» de esta era, que, combinada con la publicidad y la política, lleva a la manipulación de las personas y de sus necesidades, creando consumidores para las grandes empresas. Por eso es importante limitar las necesidades en relación a los recursos que posee la Tierra; al contrario de lo que pueda sugerir la sociedad de consumo, los recursos no son ilimitados, y por tanto, la demanda humana tampoco debería serlo.

Combinando la teoría del decrecimiento con filósofos mencionados a lo largo del trabajo, se invita a reaccionar ante las «disfunciones inevitables de la Megamáquina (contradicciones, crisis, importantes riesgos tecnológicos, averías)» (Latouche, 2012, pág. 101). Según la «heurística del miedo» de Hans Jonas, es necesario escuchar la «profecía de la desgracia», siendo la «política del avestruz» un mecanismo optimista suicida. También lo afirma Jean-Pierre Dupuy a medida que su pensamiento va derivando al catastrofismo, cuando habla de que se tiende a banalizar la catástrofe después de saber que va a ocurrir y de que ocurra, por lo que «lo que puede salvarnos es lo mismo que nos amenaza» si las personas asumen un estado de alerta y de rebeldía. La teoría del decrecimiento afirma la necesidad de una revolución cultural y social para conseguir una sociedad autónoma, libre del imperialismo económico y de la dependencia del mercado. Reencontrar la sabiduría del caracol es, pues, un objetivo de la teoría del decrecimiento, para reencontrarnos con la lentitud y la simplicidad.

4.2. Alternativa al sistema de mayorías

En lo relativo a la justicia social, parece necesario crear formas de incluir a la diversidad y no limitarse a una justicia de las mayorías, que supone una situación de injusticia y abandono para el resto. Hay muchos colectivos oprimidos, como el femenino, el Sur y otros de los que habla Etxeberria, y no es el objetivo de este trabajo encargarse de proponer alternativas para todos. En este sentido, resulta muy interesante analizar la teoría ecofeminista por centrarse en la mujer y en el medio ambiente desde una perspectiva social, que en último término influye en aspectos como la justicia y la economía.

El ecofeminismo emergió a finales de los 70 junto a la segunda ola del feminismo y el movimiento verde. «Del movimiento verde toma su preocupación por el impacto de las actividades humanas en el mundo inanimado y del feminismo toma la visión de género de la humanidad, en el sentido que subordina, explota y oprime a las mujeres» (Mellor, 1997, pág. 1). Critica la perspectiva capitalista de que la diferencia sea sinónimo de jerarquía y la uniformidad un requisito para conseguir la igualdad. Por eso el ecofeminismo constituye una alternativa a la justicia de las mayorías: propone ir más allá de esta limitación para expresar la diversidad presente en todo ser humano y en toda sociedad, a la vez que aborda las desigualdades estructurales que posibilita el dominio del Norte sobre el Sur, del hombre sobre la mujer y del nosotros sobre ellos (Mies & Shiva, 1993).

La relación de dominio entre el hombre y la naturaleza está íntimamente ligada a la relación de explotación y opresión entre mujeres y hombres que impera en las sociedades patriarcales, como la moderna. Las voces ecofeministas ven aquí la mentalidad masculina que pretende desde hace siglos negar el derecho de las mujeres de su propio cuerpo y sexualidad, y que se apoya en numerosos sistemas de dominación y poder estatal (Mies & Shiva, 1993). A raíz de múltiples manifestaciones pacifistas, ecologistas y feministas en los años 70 y 80, se fue formando esta corriente de pensamiento que integra varias problemáticas sociales que se cimientan en la estructura misma de la sociedad moderna. Estas temáticas critican especialmente la dominación, tanto hacia la naturaleza como hacia la mujer, y construyen una conciencia colectiva necesaria para un cambio de paradigma.

El ecofeminismo reflexiona sobre el papel de la mujer en la sociedad de consumo, especialmente en lo relativo a construir una equidad mujer-hombre para la nueva cosmovisión

ética, y en que las mujeres del Sur son las primeras víctimas de la degradación del medio ambiente. Asimismo, se reconoce la identificación que el sistema patriarcal ha hecho de la mujer con la naturaleza, y se le da un nuevo valor, necesario para un cambio de paradigma. Así, la cultura masculina centrada en el poder ha conducido a la sociedad a guerras y al envenenamiento del agua, la tierra y el aire, mientras que la mujer, más próxima a la naturaleza, puede aportar una ética del cuidado, opuesta a la agresividad de la masculinidad, que proteja y preserve a la naturaleza y pacifique la sociedad.

Varios colectivos se han adherido a la teoría ecofeminista para denunciar prácticas injustas y pasar a la acción con propuestas y modelos sociales alternativos. Vandana Shiva, una conocida física nuclear y filósofa india, en su crítica al desarrollo técnico occidental que ha colonizado el mundo, habla de las mujeres Chipko, cuyo nombre hace referencia al principio femenino de la naturaleza de la cosmología de la India. Este grupo de mujeres consiguieron detener la deforestación total del Himalaya mediante la vigilancia de los árboles por turnos y su protección atándose a ellos. «Enfrentándose a sus maridos, dispuestos a vender los bosques comunales, las mujeres Chipko adquirieron conciencia de grupo y posteriormente continuaron luchando contra la violencia doméstica y por la participación política» (Puleo, 2002). También en América Latina han ido surgiendo iniciativas vinculadas con el ecofeminismo y la teología, que sostienen que la justicia social implica ecojusticia. Uno de los ejes principales de esta corriente es la defensa de los indígenas, que son víctimas de la destrucción de la naturaleza, y la pobreza derivada de esto, así como el abandonar la imagen de Dios como dominador.

El ecofeminismo se propone así como una alternativa al pensamiento capitalista y de mayorías con las aportaciones de dos pensamientos críticos, el feminismo y el ecologismo, para enfrentar la dominación del hombre sobre la naturaleza y la mujer mediante una conciencia colectiva que lucha por la igualdad de mujeres y hombres en el terreno de la cultura y de la naturaleza, y por un cambio de paradigma.

4.3. Alternativas al planteamiento medioambiental

Las teorías anteriormente propuestas podrían encajar perfectamente en este apartado, por la íntima relación que comparten la economía, la justicia y la ecología. Por eso, ahora se desarrollarán dos perspectivas con las que mirar al medio ambiente con el objetivo de caminar hacia un nuevo paradigma ecológico.

Primero, se propone una comparación entre la relación del ser humano ahora y en la antigüedad, para rescatar valores éticos indispensables para la preservación del entorno, como el equilibrio natural, el no modificar sustancialmente la naturaleza y el cuidado del medio ambiente. Desde las éticas clásicas caracterizadas por la inmutabilidad de la mano de las personas sobre la tierra, ha habido cambios fundamentales que han ido alterando la relación entre los seres que habitan la tierra, y creando una creciente preocupación por el futuro.

4.3.1. La sabiduría de las éticas clásicas

El primer cambio fundamental que se puede ver entre las éticas clásicas y la actual es la relación del ser humano con la naturaleza. Antes de la época actual, las intervenciones de la persona en la naturaleza eran esencialmente superficiales e incapaces de dañar su equilibrio (Jonas, 1979, pág. 27). La naturaleza encerraba las leyes de la vida y del equilibrio, y los humanos las consideraban superiores e inalterables. De esto derivaba un estilo de vida mucho más estable, permanente y regular que en la actualidad. Hoy en día, el ritmo vital de las personas se ha visto acelerado exponencialmente hasta haberse dissociado casi en su totalidad del ritmo de la naturaleza: el ritmo humano y el de la naturaleza se han separado, y existe una creencia social de que los humanos no necesitan de la naturaleza ni son naturaleza, sino que la poseen para adaptarla a su propio ritmo. Basta con observar las ciudades para darse cuenta de que la relación que guardan con la naturaleza es mínima: el asfalto cubre la tierra, dejando diminutos espacios de verde en forma de árboles encuadrados en cemento o parques artificialmente cuidados con aspersores.

Cuando los humanos se empezaron a establecer en ciudades, su objetivo era cercar un territorio, crear un enclave humano que no alteraba la naturaleza del lugar. Todo lo que se

construía en el interior de la ciudad estaba regido por leyes naturales, y los oficios se adaptaban a las necesidades de la tierra. La vida humana transcurría entre lo permanente de la naturaleza y lo cambiante de sus propias obras (Jonas, 1979, pág. 28). Es lógico pensar que la economía de mercado como se conoce en la actualidad no podría sobrevivir a una economía basada en un equilibrio entre la naturaleza y las personas, por la razón de que la esencia misma de la demanda cambiaría y ya no sería suficiente para mantener el sistema.

Entonces, en las éticas clásicas la actividad productiva de los humanos afectaba escasamente a la naturaleza de las cosas, y por tanto, no planteaba la posibilidad de un daño permanente al conjunto del orden natural. La *techne* (capacidad productiva) se entendía como un derivado de la necesidad, y no se justificaba por sí misma hacia el fin último de la humanidad.

La necesidad de control del futuro que se experimenta en la actualidad no existía, ya que el curso de las consecuencias quedaba a merced de la casualidad (Jonas, 1979, pág. 30). Las acciones personales se decidían en el contexto inmediato, no existía la conciencia de poder influir en generaciones futuras, ni se hacía responsable a las personas de los efectos posteriores no previstos de sus actos bien intencionados, meditados y ejecutados. El ser humano está en equilibrio con la naturaleza al ocuparse del presente y de su entorno inmediato. Cuando pone el planeta a su servicio y se deja llevar por la ambición del poder sobre su entorno, el equilibrio se vuelve imposible. Además, cuanto mayor es el poder tecnológico, mayor incertidumbre existe y mayor necesidad hay de controlar el futuro.

Estos cambios fundamentales en el estilo de vida de la humanidad reflejan que los humanos ya no son responsables únicamente de sí mismos, sino que su alcance ha llegado hasta la biosfera. A su vez, propician la necesidad de repensar el rumbo a largo plazo de una civilización tan cambiante y exigente con su hábitat. Una civilización con poder para modificar el entorno tan drásticamente como lo hacen los humanos es peligroso, por lo que una legislación que proteja la naturaleza y asegure un uso sostenible de ella, así como un reparto equitativo de sus recursos, es imprescindible.

4.3.2. La palabra de un líder espiritual

Además de los valores que proponen las éticas clásicas, hay otros que también hay que considerar, y vienen de la Iglesia Católica de la mano del Papa Francisco. Esta consideración implica mirar un poco más allá de tratados internacionales y leyes estatales e incluir en esta ética ecológica a líderes espirituales que mueven grandes masas de personas con sus palabras. A partir de los años 80, diversas religiones del mundo se van añadiendo a la sensibilización ecológica, especialmente porque en líneas generales religión y ecología comparten valores esenciales como ascetismo (al contrario que el consumismo), comunidad (al contrario que el individualismo), generosidad, calma (al contrario que la velocidad y la inmediatez), espiritualidad (al contrario que la alienación y la racionalidad)

Sería muy interesante analizar más de uno, pero por restricciones de espacio y por cercanía cultural, en las siguientes páginas se comentará la encíclica *Laudato Si* del Papa Francisco. Más documentos interesantes de otras religiones vinculadas con la ecología son *Beyond Religion: Ethics for a Whole World*, del Dalai Lama sobre budismo; *Islam and Sustainable Development: New Worldviews*, de Odeh Rashed Al-Jayyousi; y el pensamiento de Gandhi sobre hinduismo y ecología.

Laudato Si engloba los puntos tratados en este trabajo y los conecta para concluir que en la crisis ecológica hay diversos aspectos conectados entre sí y a los que hay que prestar atención: la crisis social y ecológica pertenecen a la misma problemática. En el centro de la encíclica aparece la pregunta « ¿Qué tipo de mundo queremos dejar a quienes nos sucedan, a los niños que están creciendo? », animando a las personas a plantearse su propia existencia y su rumbo en la vida, con el fin de conseguir un cambio estructural que dé respuesta a las preocupaciones ecológicas (Francisco, 2015). Para el Papa Francisco, los humanos forman parte de la naturaleza, su cuerpo está formado por elementos del planeta que están maltratando y saqueando. Por eso, invita a escuchar a la naturaleza para realizar una conversión ecológica, que ya se está empezando a gestar en la creciente concienciación con respecto al medioambiente. En esta tarea, el diálogo a todos los niveles es fundamental para que la humanidad colabore para construir «nuestra casa común».

Para el Papa, las raíces del problema son la tecnocracia y el «excesivo repliegue autorreferencial del ser humano» (Francisco, 2015). Por eso propone una ecología integral,

que incorpore cuestiones humanas y sociales, e invita a buscar otros modos de entender la economía y el progreso, en línea con los ejes fundamentales de este trabajo: la cosmovisión de la economía, la justicia y el medioambiente.

En lo relativo al cambio climático, trata la cuestión de que su impacto más grave recae en los más pobres, y sin embargo los grandes poderes económicos y políticos parecen centrarse en enmascarar los problemas más que en encontrar soluciones y en asumir responsabilidades, que, retomando la dualidad Norte/Sur, pertenecen más al Norte por su deuda ecológica. En la encíclica también se comenta que el agua es un derecho humano básico, fundamental y universal, por lo que no debería ponerse en riesgo debido a sequías causadas por la acción del ser humano. En lo relativo a la biodiversidad, el Papa Francisco explica que cada especie tiene un valor en sí misma, criticando así el razonamiento utilitarista de que por el bien común se justifica el usar la naturaleza como un medio. Asimismo, se critica que falta una cultura adecuada y una disposición a cambiar el estilo de vida, de producción y de consumo, a la vez que se debe crear un «sistema normativo que asegure la protección de los ecosistemas» (Francisco, 2015).

Al indagar en las causas profundas de la crisis ecológica, el Papa reconoce que la tecnología, aunque contribuye a mejorar las condiciones de vida, da un dominio impresionante sobre el conjunto de la humanidad y del mundo entero a quienes tienen el conocimiento y el poder económico. Esta lógica de «dominio tecnocrático» lleva a destruir la naturaleza y a explotar a las comunidades más débiles, y se esfuerza por ocultar que «el mercado por sí mismo no garantiza el desarrollo humano integral y la inclusión social» (Francisco, 2015). Se puede ver aquí un parecido entre la teoría smithiana de *Teoría del Sentimiento Moral* y *Laudato Si*. En línea con el tema del egoísmo de Smith, el Papa diagnostica un exceso de antropocentrismo en el que las personas ya no reconocen su posición respecto al mundo, sino que son el centro de él, lo que propicia la lógica de «comprar, usar, tirar», tratando así a la naturaleza y al otro como un simple objeto.

La propuesta de *Laudato Si* consiste en salir de la espiral de autodestrucción en la que los humanos se están sumergiendo, mediante el diálogo, la educación en valores y, sobre todo, apostar por otro estilo de vida. Según el Papa, las personas tienen el poder de «ejercer una sana presión sobre quienes detentan el poder económico, político y social» (Francisco, 2015). Así, se podría «modificar el comportamiento de las empresas, forzándolas a considerar

el impacto ambiental y los patrones de producción». Asimismo, los gestos y ámbitos cotidianos, como la reducción del consumo de agua, el apagar las luces innecesarias y reciclar, conforman también parte del cambio para romper «la lógica de la violencia, del aprovechamiento y del egoísmo». La encíclica concluye con la importancia de saber limitar algunas necesidades que atontan a las personas, para quedar así disponibles para las múltiples posibilidades que ofrece la vida, como disfrutar unas de otras y asumir responsabilidades para conseguir un cambio.

5. CONCLUSIONES Y PROPUESTAS

Nos encontramos en un momento de crisis estructural, una crisis compleja que afecta a todos los aspectos de la vida. En este trabajo se han revisado tres: pensamiento económico desde una perspectiva cultural, justicia y ecología, con el objetivo de clarificar su papel en esta crisis cultural y cómo se puede aprender de ellos.

El pensamiento económico anglosajón, el utilitarismo, la justicia basada en las mayorías, y un maltrato a la Tierra han contribuido a construir un presente que, lejos de ser sostenible, se cae por su propio peso y necesita de una ética consistente y coherente. Aquí resulta imprescindible incluir corrientes como el feminismo, la ética de la diferencia, el crecimiento circular y decrecimiento económico, así como ciertos valores de las éticas clásicas y del pensamiento de algunos líderes religiosos. Solo considerando todas las variables conseguiremos crear una cosmovisión inclusiva que aprecie la diversidad y cuide el planeta, y solo así conseguirá la especie humana redirigir su camino en la Tierra.

Todas las propuestas que se han incluido en el presente trabajo conforman aprendizajes de un sistema que se ha ido disociando de la esencia de la vida, priorizando lo material y tecnológico. Sin este rumbo absurdo que ha tomado la sociedad moderna no se podría empezar a construir lo que creo que viene a continuación: una concienciación a gran escala del reto al que se enfrenta la humanidad, a la creación de una cosmovisión ecológica.

Después de la investigación que ha conllevado este trabajo, con la lectura de numerosos libros sobre el tema, y el análisis de lo expuesto, creo que tengo una visión más global y clara de lo que considero una crisis de la cosmovisión ética. Me ha permitido tomar perspectiva de los problemas sociales para verlos como posibles lugares de creación de posibilidades nuevas. Es el primer paso en la búsqueda del sentido de la vida de la persona, el preguntarse cuál es nuestro camino, cómo podemos contribuir al planeta y a la sociedad, y ser conscientes de que cada persona tiene un papel especial y único. Me planteo mi futuro con estos términos, teniendo en cuenta que todos los sistemas son cambiantes y que solamente la voluntad y la iniciativa de las personas consiguen hacer del mundo un lugar mejor. Cuando las generaciones futuras están en juego, hay que replantearse el rumbo de la humanidad y buscar el sentido en la construcción de un sistema cuidador, inclusivo, justo y en equilibrio con la naturaleza.

6. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acciona. (s.f.). *Sostenibilidad para todos*. Obtenido de <https://www.sostenibilidad.com/desarrollo-sostenible/en-que-consiste-la-economia-circular/>
- Barraclough, L. (2016). *Global Advertising Spend to Rise 4.6% to \$579 Billion in 2016*.
- Brundtland, G. H. (1989). *Nuestro Futuro Común*. Madrid: Alianza Editorial.
- Camacho Laraña, I., Fernández Fernández, J., González Fabre, R., & Miralles Massanés, J. (2013). *Ética y Responsabilidad Empresarial*. Bilbao.
- Carrington, D. (2017). La sexta extinción masiva de animales de la Tierra ya ha comenzado. *El Diario*.
- Centre, S. R. (2008). *Planetary Boundaries: Exploring the Safe Operating Space for Humanity*.
- Dupuy, J.-P. (1998). *El Sacrificio y la Envidia*.
- Enciso, Y. E., & Martín, J. (2006). *El concepto de justicia en John Rawls*. Obtenido de Redalyc: <http://www.redalyc.org/html/1053/105316853004/>
- Etxeberria, X. (1997). *Ética de la diferencia*. Bilbao.
- Folke, C. (2013). *Respecting Planetary Boundaries and Reconnecting to the Biosphere*.
- Francisco, P. (2015). *Laudato Si*.
- Fundación para la Economía Circular. (s.f.). *Economía Circular*. Obtenido de http://economiecircular.org/wp/?page_id=62
- Gaete, C. M. (2014). *Las ciudades más contaminadas del mundo según la OMS*. Obtenido de Plataforma Urbana.
- Garrido, F. (2012). *Paralelo 36 Andalucía*. Obtenido de El capitalismo y la ética (o el supuesto origen moral de la crisis): <https://www.paralelo36andalucia.com/el-capitalismo-y-la-etica-o-el-supuesto-origen-moral-de-la-crisis/>
- Happy Planet Index. (2017). *Happy Planet Index*. Obtenido de <http://happyplanetindex.org/>

- Jonas, H. (1979). *El principio de responsabilidad*. Herder.
- Latouche, S. (2012). *Salir de la sociedad de consumo*. Octaedro.
- Legaz, S. (2017). *Sal de la máquina*. Libros en acción.
- Llavors, B. (2016). *Los límites planetarios*.
- Martins, A. (29 de 10 de 2013). *BBC*. Obtenido de Qué es el fracking y por qué genera tantas protestas:
http://www.bbc.com/mundo/noticias/2013/10/131017_ciencia_especial_fracking_a_bc_am
- Mellor, M. (1997). *Feminismo y Ecología*. New York University Press.
- Mies, M., & Shiva, V. (1993). *Ecofeminismo*.
- Organización Mundial de la Salud. (2011). *Organización Mundial de la Salud*. Obtenido de
http://www.who.int/mediacentre/news/releases/2011/air_pollution_20110926/es/
- Otero, C. (1999). Prohistoria.
- Puleo, A. H. (2002). *El Ecologista*.
- Rawls, J. (1971). *Teoría de la justicia*. Harvard University Press.
- RES. (2015). *Ecointeligencia*. Obtenido de
<https://www.ecointeligencia.com/2015/12/conclusiones-paris-cop21/>
- Rockström, J., Costanza, R., & Steffen, W. (05 de 2011). *Paralelo 36*. Obtenido de
<https://www.paralelo36andalucia.com/%C2%BFcomo-definir-los-limites-planetarios/>
- Scott, M. (2014). *What's the Hottest Earth Has Been 'Lately'?*
- Smith, A. (1759). *Teoría de los sentimientos morales*.
- Valero, A., & Valero, A. (2012). El agotamiento de la 'gran mina Tierra'. *El Ecologista*.
- WWF. (s.f.). Obtenido de Cambio Climático y soluciones:
https://www.wwf.es/nuestro_trabajo_/clima_y_energia/cambio_climatico_y_soluciones/
- WWF. (2016). *Informe Planeta Vivo*.